

ELOGIO DEL OMBU

SINTIO profundamente la afición a los bellos árboles Hipólito Taine, y buceó con mucho acierto la psicología de los que los aman cuando dijo: "Las almas apasionadas y concentradas poseen un hondo sentimiento de la belleza de la Naturaleza". Cuando este sentir se inclina al amor a los árboles del suelo natal, adquiera, entonces, la solemnidad de un culto.

Poco ha se eligió, por medio de un plebiscito, un árbol cual símbolo de la flora argentina. Fue elegido el lapacho, árbol de la región de los bosques subtropicales. Creo que la decisión fue injusta para el ombú, el más significativo de nuestros árboles. Asimismo lo fue el veredicto para el algarrobo, árbol siempre verde del orden de las leguminosas y de la familia de las mimosáceas, cercano hermano del aramo, del flandubay y del calden, de tronco tortuoso, de ocho a diez metros de altura, dotado de copa de ramas irregulares y tortuosas, cuyas hojas pinadas persistentes son lustrosas y coriáceas, y las flores del cual son purpúreas. El Prosopis dulcis, así designado en la nomenclatura botánica universal, por la dureza de su madera y su fruto, el algarroba, constituida por una vaina azucarada y comestible, de color castaño, es considerado por muchos de los admiradores de su fortaleza, como lo que correspondiera al roble en el continente austral.

Si fuera llamado a decidir entre estos juicios varios, me decidiría a erigir en árbol simbólico de la Argentina al ombú, porque él es el solitario habitante de las pampas, el accidente geográfico más característico de la tierra patria.

Arbol patriótico el ombú, pertenece al orden de los Centrospermas, y particularmente a la familia de las Fitolacáceas que comprende árboles y plantas herbáceas, de hojas aisladas y enteras, y flores hermafroditas, muy a menudo unisexuales.

De cuantos árboles crecen en el agro nativo, el ombú es el que lleva la palma de la estimación y del afecto populares. Ostenta por estas latitudes la belleza y el simbolismo del roble en Europa, aunque difiere de aquél en todo sentido; sólo hago alusión a su popularidad al compararlo con el monarca arbóreo de los países templados. Arbol longevo, el ombú tiene una presencia llamativa a causa de sus gruesas raíces deformes que salen a flor de tierra, su anchísimo tronco de corteza gris verduosa y su espeso follaje. Manifiesta el ombú la peculiaridad que tienen las flores de cada sexo en pie separado; esta propiedad se designa con el vocablo de origen griego dioico, adjetivación que significa en el idioma antes mencionado, "dos casas", esto es, que posee los órganos sexuales separados en árboles distintos; a esta particularidad débese que el ombú se levanta siempre solitario y jamás en monte.

No es este señor de las soledades campestres, planta de gran altura, suele alcanzar tan sólo de 10 a 12 metros de altura.

Han comprobado los botánicos que la edad de los árboles puede inferirse de las capas concéntricas de madera que cada año se superponen las unas a las otras, ensanchando al tronco. El árbol dióico de las pampas, está excluido de esta clase de prueba, porque en realidad es una yerba gigantesca que produce más de diez capas fibrosas por año. Este caso peculiar nos demuestra que definición alguna de un objeto puede abarcar por entero a todos sus componentes. Arbol por su postura exterior, el ombú amado, por su madera fofa — que según el decir gauchesco, "no sirve ni para leña" porque no arde — evidencia su procedencia herbácea. A pesar de su madera esponjosa inútil para la carpintería y la calefacción, muchas ventajas tiene en su haber el añoso árbol, que siempre da

shombra y abrigo contra el viento a la lluvia con sus hojas simples, alternas y elípticas y su fruto, una baya carnosa, se consigue constituir un purgante muy drástico. Asimismo las hojas mitigan las jaquecas.

El jugo del árbol se ha empleado antiguamente como remedio eficaz para la embriaguez. El zumo de su fruta se emplea para quitar manchas a la ropa y todo el árbol, por su naturaleza acuosa y su elevación, colocado cerca de una casa sirve de pararray natural.

Así se expresa Marcos Sastre en su encantador e inmortal libro "El temperamento argentino", echándose de ver, por la precisión con que lo describe, cuanto le amaba.

El sabio naturalista, D. Carlos Berg, ha puntualizado, tras pacientes investigaciones, que "este frondoso y bizarro árbol" no fué traído originariamente de España, sino que procedió de las islas de la laguna Iberá, en Corrientes.

Siendo el general Mitre romántico y animoso joven de 21 años de edad, ya a la sazón capitán de artillería durante la Campaña de Entre Ríos, en 1842, canto sentidamente al ombú que se eleva sereno en medio de la pampa, detallando con certera pincelada lo que significa para el argentino aquel atalaya de la llanura inconmensurable.

En el mismo año de la cuenta, hallándose D. Luis L. Domínguez, oficial durante el sitio grande de Montevideo, imaginó estos clásicos versos sobre el ombú, que ya se han constituido en proverbio del pueblo:

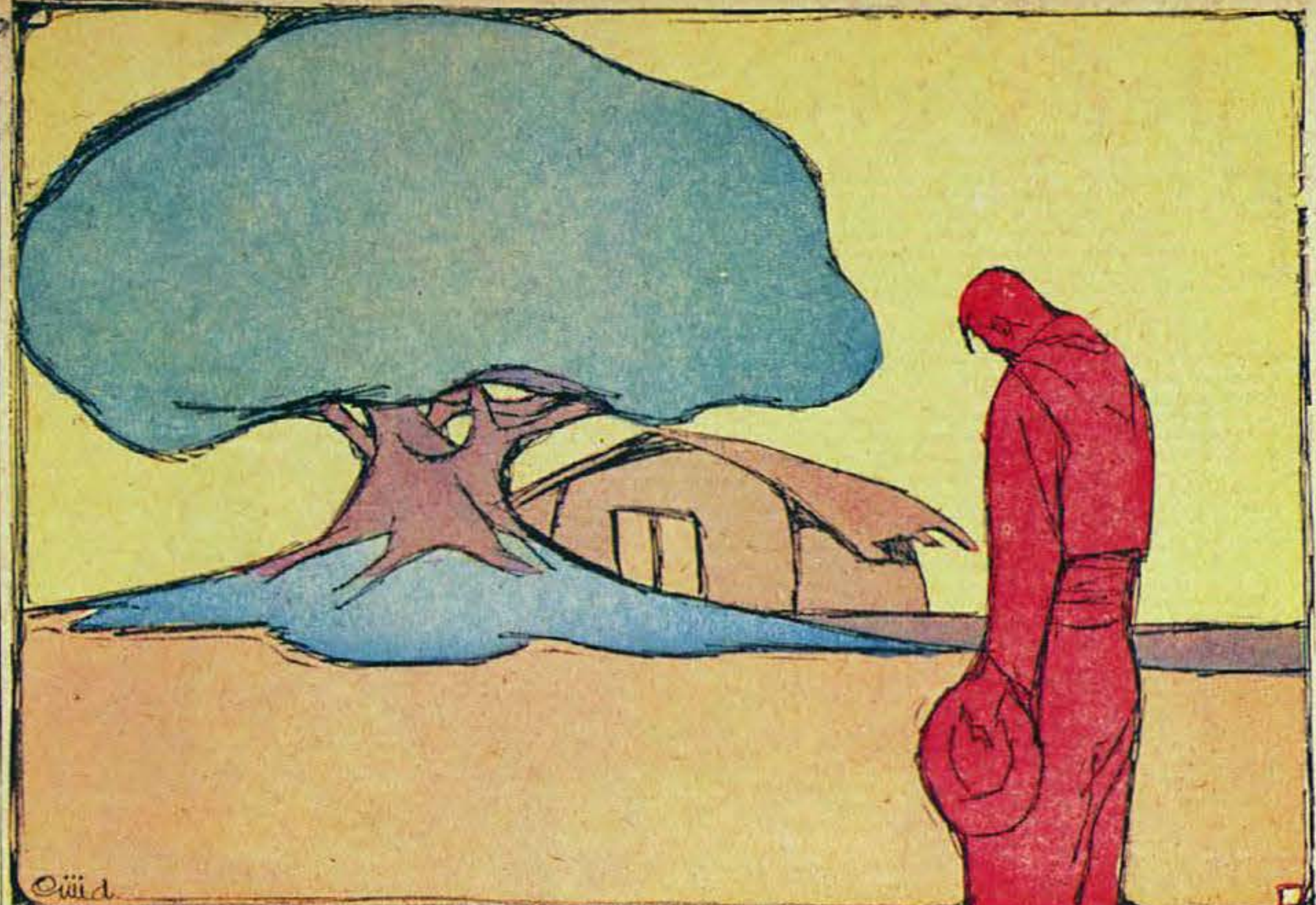
"Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente;
El Brasil su sol ardiente,
Minas de plata el Perú,
Montevideo su Cerro,
Buenos Aires, patria hermosa
Tiene su Pampa grandiosa,
la Pampa tiene el Ombú."

El partido de San Martín contiene varios ombúes ligados a la historia patria, por tradiciones memorables.

El ombú de Perdriel, sito a tres kilómetros de Villa Ballester y veinticinco, aproximadamente, de la Capital Federal, fué testigo del encuentro de los primeros contingentes de los reconquistadores, que habían ido allí para fortificarse, contra las tropas inglesas. El 10. de agosto de 1806, a las 6 de la mañana, sorprendieron a los patriotas 672 ingleses veteranos, duques de numerosa artillería. La acción guerrera fué harto desigual, mas duró por espacio de una hora, dejando los hijos de Albion 42 hombres entre muertos y heridos y los patriotas platenses, sólo dos muertos y un herido. Distinguiéronse por su valor desesperado en este encuentro, D. Martín de Pueyrredón, D. Antonio de Olavarría y D. Lorenzo López.

Este árbol que se alza imponente cerca de una vieja casa solariega, domina una región ondulada donde abundan donosus árboles de las más variadas especies; parece él un patriarca rodeado de sus numerosos hijos, nietos y tataranietos, pues emergen de su voluminoso tronco raíces que forman otras tantas plantas, por su frondosidad y tamaño.

Tres siglos ha vivido ya, y si la mano del hombre, tan dada a la devastación, lo deja florecer en paz, seguirá embelesando a los que le atisban azorados, cuando ya acaso el Partido de San Martín haya pasado a formar parte integrante de la bablónica Capital Federal.



En el mismo Partido, tan lleno de sagradas reminiscencias patrióticas, en terrenos pertenecientes a un descendiente del general D. Juan Martín de Pueyrredón y a poca distancia del pueblo de S. Isidro, se yergue, solitario y magnífico, un atractivo ombú que suele pasar desapercibido para las generaciones que bailan al son del negro jazz.

Este árbol fué testigo de la presencia de los generales San Martín, Pueyrredón y Guido, cuando reunidos alrededor de su anchuroso tronco, juraron adelantarse sin desfallecimientos a la causa de la independencia de esta colonia. Estos próceres fueron los que le designaron con el nombre de Ombú de la Esperanza. Este precioso recuerdo de la historia viviente, se levanta a 15 metros del suelo, y mide 30 de circunferencia.

En la antigua quinta de la sucesión de D. Jaime Llavallol, situada en el Partido de Vicente López, conocido otrora por el nombre de Olivares, se halla aun un opulento ombú, al cual se le asigna

una existencia de cinco o seis siglos. Todavía el indio era el dueño incontestado de este suelo, cuando este vegetal leñoso florecía en la divina libertad, a su albedrío. Voluminoso es su copa y artísticos sus contornos. Tiene este ejemplar de la flora autóctona, el señalado mérito de haber pertenecido al americano de más nombrada que haya gobernado a esta comarca, en nombre de España, el progresista virrey Vértiz. Sus ocho años de virreinato fueron memorables.

Los ombúes de Santos Lugares, existentes en el antiguo campamento de Rosas, presenciaron penosas escenas. Cerca de estos árboles, que forman una pequeña avenida, fueron ultimados numerosos prisioneros de guerra. Asimismo, a la sombra de estos hermosos ombúes otras víctimas de la despiadada tiranía sufrieron aquí los castigos de la estaca y del cepo.

El afecto que experimenta el criollo por el ombú se fundamenta en multitud de razones; hasta hace de ello unos cien años, la amplia e interminable pampa no ofrecía al cabalgante otro refugio que este hospitalario árbol: cobijaba al indio, al gaucho, al forastero, en las horas incómodas de la canícula y también cuando sopla el helado viento del Sur.

La llanura pampásica presenta varios aspectos; en la extensión comprendida entre el Salado del Norte y el Colorado, faltan por completo los árboles y las piedras, y el terreno está cubierto de una continua alfombra de pastos. En este medio se han desarrollado las colonias agrícolas que han transformado a la Argentina en uno de los tres graneros del mundo. La lluvia, poco intensa y frecuente, aunado a una temperatura benigna, no ha permitido la formación de bosques. El ombú providencial es de los escasos árboles que se han atrevido a romper la monotonía de este desierto herbáceo. Tal es la fascinación que ejerce el árbol sobre el hombre, que, en los días serenos el caminante hechizado por la exuberante reverberación solar, convierte el lejano campo de cultivos, pastos o cereales, en un bosque de arboledas seductoras. Los habitantes de esta llanura dan el nombre de "bosque" a este tipo de espesura, por el cual debido a la temperatura y a la refracción desigual que sufren los rayos solares, se perciben muy nitidamente las imágenes rectas e invertidas de los objetos situados en el horizonte. Si estas extensiones donde la vista se espacia hasta el infinito, sólo quebrantan su monótona continuidad con la aparición de alguno de nuestros amigos arbóreos, en cambio poseen algo misterioso que atrae irremisiblemente. No se habituó fácilmente el pampésico a vivir en un medio donde el horizonte es cercenado. Experimenta él, ante la pampa, una agradable nostalgia, pena causada por la ausencia de un objeto habitual que nos es caro. Siente el gaucho tanto como el europeo, una tremula vacilación ante este infinito que se va disipando y ofreciendo los más ingeniosos y sublimes espectáculos a la caída de la tarde.

Se asevera que los que han permanecido mucho tiempo en el mar, jamás se aclimatan a la tierra firme; ello acontece al habitante de este océano herbáceo, y ni la vida holgada o cómoda de las ciudades, paraíso de los adinerados, pueden agotar esta sed de espacio que atormenta al gaucho, nacido y criado en la pampa. El silencio majestuoso, casi aterrador, acaso, el embrujo de una soledad incomparable quizá o aun más, la imaginación siempre despierta por el continuo cambio de escenario del firmamento, constituyen otros tantos motivos que incitan al hombre a meditar sobre el enigma de su paso por la vida planetaria. Piensa el atibador de la pampa soñadoramente, y no pudiendo llegar a conclusión alguna, su curiosidad nota una turbación que se resuelve en una tristeza sin objeto ni fundamento, dolor quizá producido por la impotencia del hombre para conocer el extraño, lejantisimo e inescrutable universo.

Bajo las tupidas ramas de este árbol benéfico se alumbró la hoguera para tomar mate o preparar el infaltable asado. Cuando el gaucho estaba de fiesta al pie del paternal ombú—pabellón improvisado— pulsaban sus guitarras los payadores.

Sirvió y aun sigue sirviendo, en toda la amplitud de la estepa argentina, de guía y punto de referencia para el caminante errabundo. Fué y lo sigue siendo, el abrigo predilecto del ganado que gusta de la fresca umbría que le proporciona su ancha copa y aun le preserva, de sentir con demasiado rigor, las nocturnales heladas y el sol ardiente del mediodía.

Un fino y anónimo comentarista de los usos y costumbres del ombú, cuyo nombre se le llama gaúcho conocer, pues me considero siempre un noble amigo de cuantos tienen pasión por el árbol, le describe con precisión como un "en-tout-cas", siempre dispuesto para proteger en todo momento ya al hombre, ya a la bestia.

El ombú es el árbol amigo por excelencia del argentino; es él, el Dios vital de nuestros campos, una deidad protectora y tutelar que debiera estar representado en el escudo nacional, cual expresión de utilidad y de tradición histórica.

En alguno de los amplios patios de las casonas de provincia, jamás faltaba un añoso ejemplar de ombú que recordaba a la pampa en plena ciudad.

Cuando crece este árbol, a la entrada de una de las casas de campo, semeja para sus moradores algo así como un guardián, cual un centinela alerta, cuya presencia señora tiempos más puros y aquietados que los presentes y, además, vincula el pasado al presente.

Salvo raras excepciones, el ombú se alza siempre solo; por esa característica suya, asociando ideas se me figura la personificación de algunos defectos del carácter nativo, como ser el agresivo individualismo y la afición a resolver los problemas de la vida social tan sólo desde el punto de mira personal.

No hay aliciente tan eficaz como la emulación que engendra el compañerismo y la asociación de intereses. En tales condiciones fácil es reconocer espontáneamente la capacidad de cada componente del grupo. Como en el caso del ombú que se aferra y deleita en su soledad, por supuesto por obra y gracia de la naturaleza de su sexualidad, el nativo, por regla general, desconoce la norma de que el esfuerzo sostenido ha de llevar consigo la victoria. Nadie cree de esta suerte, en este medio anarquizante, en la virtud y utilidad del esfuerzo, porque a nada conduce, en tanto que la amistad rastreadamente cultivada, la mala fe con visos de ingenuidad y la recomendación todopoderosa, dan el éxito al menos apto y desprovisto de calidades morales. El insistir de continuo en tales medios para el logro de una sana ambición, produce esa desmoralización que a diario podemos comprobar.

Los antiguos amaban colocar en su escudo nobiliario o simplemente solariego, la imagen de algún árbol cuyas virtudes atribuían a su casa. ¿Qué sugerente y cuán hermoso el escudo que se asignó el papa Sixto IV, perteneciente en realidad a la antigua familia Rovere de Turín, y que para halagar la vanidad del pontífice y de su sobrino Julio II, pintó Miguel Ángel en el techo de la Capilla Sixtina. Sobre un fondo azul despliega su delicado ramaje un roble de color oro. Della Rovere se apellidaba el romano pontífice bajo cuyos auspicios fué fundada la Inquisición española en 1478; el significado de su nombre de familia, procedente del roble hacía suponer tendencias más nobles para conseguir la unidad y la dicha de las naciones que esa nefanda creación.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



LA ENCANTADORA PAMELA



OTRO ROMANCE SIN PALABRAS Y CON GRITOS. EL PELIGRO DESCONOCIDO.



LA HAMACA TRAGICA



POR
ALBERTO NIN FRIAS
ILUSTRACION DE GUIDA